

MAESTRO POCERO

Rodrigo Ratero



editorialgradiente
LIBROS DIGITALES

Maestro pocero

Rodrigo Ratero García

Editorial Gradiente 2013
Colección Contrasentido
Género: Drama, Drogas.

Diseño portada: Alex Escalada
Diseño colección: Alex Escalada

Cód: Gr-Cs-001
www.editorialgradiente.com



“El mundo se desmorona a nuestro alrededor, ¡coño!, y menos mal que hay gente demasiado nueva o sencillamente demasiado estúpida para subir a esa pista de baile y comportarse como si la fiesta acabase de empezar”.

Irvine Welsh

1

Sentí que algo tocaba mi pantalón. Abrí lentamente los ojos y vi una gran mano saliendo de mi bolsillo. Desperté de sopetón y había un enorme negro intentando robarme. El traqueteo que en mis sueños era un tren de carbón con destino a algún extraño paraje de película del oeste, no era otro que el movimiento del metro donde me había quedado dormido tras varios días de borrachera. El negro se alejó de mí, levanté la vista y frente a mí había otros dos enormes negros.

—Estoy perdido —pensé.

Pero en la siguiente parada, sin mediar palabra, los tres se levantaron y se largaron. Cambié de dirección en la siguiente estación y volví a casa. Abrí la puerta. Estaba vacía y oscura y aunque ya casi era verano yo siempre notaba algo de frío en ella. Me quité la ropa, me metí en la cama y dormí.

Desperté después de unas horas, pocas, siempre me ocurría igual. Las resacas no me dejaban dormir bien. Tenía varias llamadas perdidas en el móvil. Las

ignoré pues odiaba ese trasto que me habían, nos habían, hecho creer que necesitábamos. Pensé en ducharme, pero me pudo la pereza. Fui hasta el baño, cagué y me lavé la cara. Luego me vestí y bajé al bar. En el bar había viejos hablando del partido de la noche anterior, el tiempo y otras banalidades; cualquier cosa era mejor que quedarse en casa escuchando a sus mujeres.

Apoyé mi codo en la barra, pedí una cerveza y me puse a escucharlos. Después de cuatro cervezas me sentía mejor. La conversación de los viejos parecía más interesante y justo apareció mi amigo Carlos. Carlos era mayor que yo unos diez años, debía tener treinta y tres o así, hablaba mucho y siempre tenía saliva seca en la comisura de los labios.

—¿Qué pasa tío? —preguntó gritando.

—Aquí pasando el rato.

—¡Una cerveza! —gritó.

—Oye, tira ahora para el baño que te voy a dar gloria bendita —me dijo susurrando.

Pegué un par de tragos a mi cerveza hasta acabarla, pedí otra y me fui al baño. Allí estaba esperándome con una gran raya de cocaína encima de la cisterna.

—Qué de puta madre —le dije.

—Claro que sí —contestó.

Me metí la raya. Sentí el amargor en la boca, estaba realmente cojonuda.

Salimos del baño y seguimos bebiendo. Era un domingo a las dos del mediodía, y ya prometía. Al rato fuimos a otro bar, seguimos metiéndonos rayas y bebiendo cervezas. Por cada cerveza nos ponían un pincho pero no comíamos nada debido a la cocaína, y al cabo de un rato estaba la mesa llena de pinchos, botellines vacíos y nuestras narices llenas de grumos blancos. Así seguimos toda la tarde hasta las diez que me despedí de Carlos y subí a casa. Iba atacado por la farlopa pero me fumé un gran porro de hierba y junto al cansancio de días anteriores pude dormir.

Sonó el despertador, fui hasta el baño, me duché, me vestí y bajé hacia el trabajo.

Era horrible, llevaba una resaca brutal. Trabajaba en los almacenes de una gran tienda de ropa de mujeres, en una zona pija de Madrid. Mi trabajo era absurdo y desesperanzador, me pasaba el día colocando vestidos por tallas y colores, vestidos que a las mujeres con las que yo andaba jamás quitaría.

—¡Buenos días punki! ¡Vaya cara llevas! —me dijo una de las dependientas.

Eran todas parecidas, guapas, sosas y predecibles. Ni siquiera tenían imaginación para inventarse un mote. Punki. Yo llevaba cresta, cadenas y pulseras de pinchos, era realmente de cajón: Punki.

A la salida del trabajo fui a casa, comí y me tumbé. Esa tarde tenía algo que hacer, eran fiestas en el

barrio.

La bodega donde yo solía bajar era un sitio peculiar, frecuentada por viejos roqueros de pro y ancianos que añoraban el antiguo régimen. Una auténtica contradicción. Como en otro tiempo yo había hecho un par de cortometrajes y un pequeño documental, el dueño me pidió que le hiciera un escueto reportaje sobre su local. Escribí el guión y decidí bajar a grabar en fiestas, para que se viera más ambiente.

Pedí una cerveza y comencé a filmar. Para cuando ya tenía un material cojonudo estaba completamente borracho. Aparecieron conocidos del barrio y subí con ellos hasta donde estaba la gran fiesta cuidando de llevar la cámara, ya que me la habían prestado. Era una buena cámara. Al llegar al sitio había una horrible música de orquesta y gente bailando, mucha gente. Nosotros seguimos bebiendo. Al cabo de un rato saqué la cámara. Estaba ya muy borracho, por eso me puse a grabar a la gente bailando. Resultaba divertido. Mirando por el objetivo vi un pequeño grupo de chicas punkis. Notaron que las grababa y se reían.

—¡Eh flipao! ¡Ven acá! —dijo una de ellas.

—¿Por qué nos grabas? —dijo ofreciéndome el litro de cerveza—. ¡Siéntate con nosotras, coño!

Nos alejamos de la muchedumbre y nos sentamos. Mientras iba me despedí de mis amigos con la mano.

La que me ofreció el litro era la que más hablaba, no paraba. Tenía un fuerte acento sudamericano, era morena y con rasgos indios. Se llamaba Sara y era de Colombia, resultaba agradable. Su amiga también hablaba bastante, estaba claro que estaban colocadas con anfetaminas, podía oler el speed en sus caras. Las demás amigas no decían nada como si se tratase de mera comparsa. Seguimos horas bebiendo, ellas no paraban de hablar, yo no me enteraba de nada a causa de la borrachera y sus amigas poco a poco se iban marchando. Al final quedamos los tres. Parece que las anfetaminas les habían empezado a bajar. Estábamos sentados en el suelo cuando la colombiana se me lanzó y empezó a besarme. Me metió bruscamente la lengua y yo empecé a tocarla. En tan sólo un instante empezó a tocarme la polla y se me puso dura.

—¿Dónde podíamos ir? —me preguntó.

—Yo vivo aquí justo —le dije.

—¿Llevo las litronas que quedan?

—Claro, no vamos a tirarlas.

Nos levantamos y fuimos hacia mi casa. Venían las dos y yo estaba dispuesto a follarme a la colombiana, esperaba que a la otra no le sentase mal. Abrimos el portal y nos metimos en el ascensor. Empecé a besarla a lo bestia, de repente se separó de mi y comenzó a besar a la otra punki. Yo estaba alucinando. Se separaron y la colombiana con sus

manos juntó mi cabeza con la de su amiga. De repente me encontré enrollándome con las dos. No parábamos en mi piso, subíamos y bajábamos una y otra vez en el ascensor mientras nos besábamos y tocábamos. Levanté a una la camiseta y comencé a besar sus tetas, mientras, la otra desabrochó mi pantalón y me sacó la polla. Miré hacia abajo mientras le comía las tetas a la amiga y vi cómo mi polla desaparecía en la boca de la colombiana. Abrí la puerta del ascensor y salimos. Yo vivía en el tercero y salimos en el noveno, el último. Ni lo pensé.

Salimos a la azotea. Eran las cuatro o cinco de la madrugada de un martes pero hacía buena temperatura. Comenzamos a desnudarnos, yo acabé primero y me puse a beber de uno de los litros mientras ellas acababan con sus accesorios: pulseras, botas, mayas, correas de perro... Siempre me pareció lento y desesperante el striptease de una punki. Se desnudaron, se besaron y las dos de rodillas empezaron a chupármela. Las miré. Veía dos crestas, una rubia y una roja encima de mi ombligo y debajo de mis huevos cuatro tetas. Me creía Dios, un ser excepcional aunque siguiera siendo el mismo desgraciado que había tenido la suerte de pillar a dos punkis salidas por el bajón de anfetis. Para ellas era mejor que masturbarse.

Yo tenía una teoría sobre aquello: el speed te aceleraba el corazón, al bajarte o desvanecerse de tu

sangre, el cuerpo te pedía más; esa especie de síndrome de abstinencia te ponía a cien. Incluso cuando volvías a casa solo, te masturbabas como loco con más frecuencia e intensidad que cualquier día. Esa acción provocaba que tu corazón volviese a latir con la misma fuerza que cuando estabas puesto.

Primero tumbé a la colombiana y empecé a follarla mientras la otra me tocaba. Luego tumbé a la otra e hice lo mismo. En realidad no era tan cojonudo, no sabía bien cómo hacer, estaba muy borracho y nunca había hecho algo así. Hubiese preferido hacerlo de una en una. Estuve casi una hora, no me corría. Al final lo conseguí en la boca de la colombiana y me tumbé desfallecido y sudoroso en la azotea boca arriba. Quise ver las estrellas pero en Madrid no se ven. La amiga rubia me besó y se tumbó a mi lado, luego me besó la colombiana. Noté que me pasaba algo con su boca, era mi corrida. Me levanté rápido y escupí.

—¿Qué coño haces? —grité.

—Joder, a muchos tíos les gusta.

—Podías haberme preguntado.

Estaba demasiado cansado para enfadarme, de hecho apenas le di importancia, nos tumbamos y nos quedamos dormidos.

Empecé a notar frío, desperté y vi amanecer desnudo y solo en mi azotea.

Bajé a casa, me duché y antes de irme a trabajar

caí en la cuenta.

—¡Hostia, la cámara!

Todo encajaba, esas dos zorras me habían engañado para robarme. Esa cámara valía una pasta, y no era mía, por eso follaron conmigo las dos, por eso cuando desperté habían desaparecido... Hace unas horas me sentía un Dios y ahora el mayor imbécil del mundo. Llamé a mi amigo y le dije que había perdido la cámara.

—¿Qué cámara? —dijo.

—¡Coño! ¿Qué cámara va a ser?

—¿Estás gilipollas? La cámara me la diste antes de irte con las punkis ésas. ¿No te acuerdas, borracho de mierda?

Por un momento desapareció la resaca y el cansancio y volví a sentirme de puta madre.

Esa mañana me sentía muy bien en el trabajo. Tenía una estúpida sonrisa por la hazaña de la noche anterior. En realidad todo era una mierda, había echado el peor polvo de mi vida en compañía de dos colgadas. Fue Bukowski quien dijo que el sexo era como el dinero, parecía mucho más importante cuando no se tenía. Fui al baño y vomité, me empecé a sentir muy mal cuando una canción de Lou Reed rondaba mi cabeza.

Sonó mi móvil, tenía un mensaje: qué tal anoche?, rezaba. Era de Asia, la chica con la que salía, la más guapa del barrio, mi novia, se suponía, mi perdición

en realidad. La verdad, no recuerdo haberla conocido, pero me gustaba de verdad, no por lo que debía gustarme sino por el cúmulo de muchas otras circunstancias. Asia era un chica guapísima, todo el barrio estaba loco con ella. Todos, jóvenes y viejos la miraban, e incluso algunas tías. No se por qué me eligió a mí, pero yo nunca me sentí cómodo con ella, parecía como si fuese demasiado para mí y seguramente lo era. Para mí era el antídoto contra todas mis frustraciones. Asia era la chica guapa y excepcional que nunca me miró en el instituto o en el colegio, la chica que se sentó a mi lado y nunca llegó a aprenderse mi nombre o a hablarme. En realidad no era tal cosa, pero era lo que para mí representaba.

Nunca me fié de ella, pensaba que si estaba conmigo podría estar con cualquiera, por eso aunque la quería le era infiel siempre que podía, siempre. Veía cómo la miraban, cómo hablaba con todo el mundo. Me jodía pero nunca dije nada, no la reprendía, al contrario, bebía más y hacía locuras, me autocastigaba por eso; todo era fruto de mi inseguridad nata.

Quedé con ella esa misma tarde al salir del trabajo. Por supuesto que no pensaba decirle nada. Llegué a su casa y la besé, era realmente guapa. Era culta y tenía estilo pero al igual que todos los demás era una maldita liberal y eso demostraba poca originalidad o carácter. Follamos y fuimos a dar un paseo. Paramos

en un bar, ella pidió una coca-cola light y yo un pacharán.

—Pareces un viejo —replicó.

Siempre necesitaba beber con esta chica, por la inseguridad, por huir, yo siempre fui una persona huidiza. Se trataba de aplazar la batalla con las cosas que no te gustan de ti mismo. Con el alcohol lo conseguía, aplazar eso y suplir mis carencias: timidez, pereza, cobardía... Beber para ello no era premeditado, lo había llegado a asimilar de una forma natural. Acabé el pacharán y pedí otro, y de repente me soltó:

—Mañana voy a un concierto con mis amigas.

—De puta madre —contesté—. ¿Quién toca?

—Tú no estás invitado, es cosa de chicas.

—¿Y eso?

—Es cosa nuestra —sentenció.

Odiaba esas cosas, yo siempre la invitaba a mis asuntos. ¿Quería ocultarme algo...? Al menos eso pensaba yo. Ella nunca quiso venir con mis amigos, creo que le parecían macarras, y ciertamente lo eran. También sospechaba que no quería presentarme a sus amigas. ¿Qué coño pintaba un demacrado punki con unas pijas modernillas...? No dije nada, no insistí, le dejé hacer.

Al día siguiente no quedamos, así que llamé a la punki colombiana.

—¿Qué pasa punkita? —dije.

—¡Hola tío! —dijo entusiasmada. Sonó bien.

—¿Quedamos a las cinco en la estación de Lavapiés?

—De puta madre —contestó.

A las cinco ella estaba puntual allí. Era cojonudo, nunca había quedado con una mujer que llegase puntual, por alguna razón pensaban que era mejor llegar tarde. Me acerqué a ella y empezó a besarme, era todo fogosidad. Me llevó a un parque, compramos unas litronas y me presentó a sus amigas. Eran todas punkis jovencitas. Aunque no estaba la del otro día, yo no pregunté por ella. Nos sentamos en el círculo y comenzamos a beber. Una de ellas sacó costo y nos pusimos a fumar. Era una mierda, rascaba la garganta, pero en un rato estábamos ciegos.

—¿Esta mierda fumáis? —pregunté.

—¿Lo tienes tú mejor? —me dijo una de ellas con una mueca de burla.

Cogí a la colombiana de la mano.

—Ven conmigo —le dije.

La llevé a casa de mi amigo Juancar. Vivía por allí cerca y pensaba sorprenderla. Juancar era un viejo amigo que conocí trabajando en un almacén de objetos electrónicos, era mucho más mayor que yo. Era un tío de puta madre. Vivió la movida madrileña, tocó en varios grupos la batería y uno de sus hermanos mayores había pertenecido al grupo

Glutamato Ye Ye. Siempre contaba historias cojonudas sobre esa época, además sabía mucho de música. Juancar cultivaba la mejor hierba del barrio, variedad y cantidad y encima apenas consumía. Tampoco vendía, era un tipo excepcional y cojonudo.

Abrió y entramos. Tenía dos perros, uno pequeño y otro grande, eran muy nerviosos, saltaban continuamente contra uno, parecían no cansarse. Nos sentamos en el sofá de Juancar y antes de decirle nada puso en su DVD una de esas cojonudas rarezas que siempre me regalaba. Esta vez era un directo no oficial de los Madness. En medio de todo ese ska le dije:

—Juancar, ¿me venderías 20 euros de hierba?

—Claro tío. ¿A que es la hostia el concierto?

—Joder, cojonudo —y lo era.

Me dio una bolsa que en el mercado debían ser unos 70 euros. Fumamos un poco y sólo dar las primeras caladas empecé a sentir esa especie de percepción espacio-temporal que se sufre cuando se va muy ciego de hierba. A pesar del ciego ella miraba alucinada la gran bolsa. Vimos un rato más el video y nos despedimos de Juancar. Volvimos al parque. Era de noche ya, todo el mundo se había ido excepto sus amigas. Fumamos y reímos.

Luego me preguntaron:

—¿Puedes traerme veinte euros mañana?

Me lo preguntaron todas y dije:

—Lo siento, es por amistad.

No entendían que esa cantidad me la dio por confianza, que yo normalmente no compraba y desde luego él no vendía.

2

Seguí así durante las siguientes semanas, cuando Asia no podía venir quedaba con la punki. Con Asia hacía el amor, eran largos besos, lentos, caricias... Con la colombiana era follar a lo bestia, fuertes embestidas, arañazos y mordiscos... Con las dos relaciones me sentía realizado, hacía semanas que no me masturbaba y todo ello mientras nadaba en ríos de alcohol y droga. Era irónico que alguien tan sumamente egoísta, que sólo pensaba en sí mismo, se estuviera autodestruyendo de aquella manera.

Las tardes con Asia eran tranquilas, paseábamos con su ridículo perro-patada, me contaba sus chorradas de la universidad y de sus amigos y amigas, hablándome de ellos tan familiarmente como si yo los conociese. Entre tanto yo iba comprando en las tiendas latas de cerveza de medio litro, eran necesarias para aguantar esa mierda. Aun así, me gustaba de verdad, tan blanquita y delicada, cuidadosamente maquillada, vestida y peinada. La punki era lo contrario, parecía maquillada por un

viejo con Parkinson, muy grotescamente. Botas, mayas, camisetas hechas jirones, morena, de rasgos indios, descarada y malhablada. Sin embargo las tardes con ella eran pura diversión. No necesitaba comprar latas de cerveza disimulando, porque ella se presentaba con un par de litros en la mochila. Me llevaba al parque con sus amigas que también estaban siempre bebiendo y fumando porros y si la economía lo permitía esnifando speed. Era como si nada les importase, me sentía cómodo con ellas. Notaba alguna mirada furtiva con alguna que yo no acababa de saber interpretar, piensa mal y acertarás. Rápidamente agachaba la cabeza y miraba mi litro, por ahora tenía suficiente.

Un sábado estuve todo el día por ahí con Asia, comimos, fuimos al cine y follamos, al llegar la noche me dijo:

—Me tengo que ir a estudiar, estoy de exámenes.

—¿Otra vez? —pregunté.

—¿Qué vas a hacer? —me dijo.

—Supongo que saldré a tomar algo.

—¿No te puedes quedar ni una noche en casa?

—Puedo, pero no lo hago.

La acompañé a casa, compré un litro de cerveza y bajé hacia el parque a buscar a la colombiana. Cuando llegué vi a sus amigas, les pasé el culo que quedaba de mi litro y les pregunté:

—¿Dónde está Sara?

—Se ha ido a Guadalajara.

—¿A Guadalajara?

—Sí, a un concierto de Los Muertos de Cristo — replicó otra.

—¿No te dijo nada? —dijo una tercera.

—Tampoco pregunté —contesté yo.

—¡Oye! Nosotras vamos a unas fiestas en Carabanchel, si quieres venir.

—¡Joder sí!, de puta madre.

Cogimos el metro rumbo a Carabanchel. Íbamos cargados de litros. Muchas de ellas estaban ya borrachas, se colgaban de las barras de los vagones y se reían de la gente. Sacaban la lengua a las parejas, que se sentían intimidadas, supongo que pensarían: qué pena de muchachas. Llegamos a la fiesta, era una de esas fiestas de barrio, con carpas y chiringuitos de asociaciones vecinales que servían cerveza, vino y carne asada. Había bastante gente. Pillamos algo de speed aunque no era gran cosa. Escogimos un sitio para sentarnos y empezamos a beber, hablar, esnifar... Así durante horas. Me lo estaba pasando realmente bien. A medida que consumíamos, más notaba que me miraba una de ellas, María se llamaba. Era alta, con rastas de color rosa y rojo, muy guapa. Yo también empecé a mirar. Seguíamos bebiendo, pensé: si no estuviesen las demás... Saben que estoy con la amiga... Paciencia... Seguí bebiendo, iba amaneciendo y la gente se iba marchando. Sólo quedábamos cuatro

contándome a mí, me lo jugué todo a una carta:

Bueno chicas, yo ya me voy...

¡Yo también! —dijo ella rápidamente.

En cuanto salimos del campo de visión de las otras comenzamos a besarnos. De repente se separó de mí.

—Que no se entere Sara —dijo.

—No te preocupes —contesté.

Noté terror y preocupación en sus ojos, aun así seguimos, el alcohol y la droga ahogaban sus temores. Nos dirigimos a mi casa. Yo también trataba de no pensar en la forma en que hacía las cosas, tanto alcohol, tanta droga, engañando a las chicas, esa forma de actuar como si fuese mi último día en la tierra, y quién sabe, tal vez lo fuese... Me reconfortaba pensar eso.

Llegamos al portal y subimos a la azotea. La razón de subir allí con las tías no era otra que evitar metérselas en casa a mis abuelos, no era normal que apareciese cada día a las tantas a follar con alguna hasta arriba de anfetas. Tenía que respetarles, ellos me habían cuidado desde pequeño, cuando mis padres murieron...

Esa azotea me encantaba, aunque tuviese las rodillas peladas de follar contra el suelo desnudo. A veces temía ser descubierto, pero no ocurría, en ese edificio sólo vivían decrepitos ancianos a los que no se les había perdido nada en la azotea, y mucho menos a las tantas de la madrugada.

Una vez arriba seguí el ritual habitual. Me quedé en calzoncillos, sentado en el suelo bebiendo mientras María se deshacía de sus accesorios... Se sentó junto a mí, dio un largo trago a mi cerveza y comenzamos a besarnos hasta acabar tumbados. Empecé a besarla hacia abajo: su cuello, sus pechos, su ombligo... Cuando fui a bajar me detuvo:

—No, eso no me gusta —me dijo.

Sabía perfectamente lo que significaba: no me iba a chupar la polla.

—Como quieras —contesté.

Me puse encima y comencé. Su coño era bastante prieto, yo empujaba con fuerza mientras apretaba sus pequeñas tetas contra mi boca. Sabía que me iba a costar, seguí durante veinte minutos, estábamos sudando muchísimo, me concentré y al fin pude correrme. Después de un necesario periodo de recuperación cogí mi cerveza y di un trago, estaba caliente, parecía pis, y yo que pensaba que me iba a librar de ese sabor aquel día... Después me desplomé sobre ella exhausto, sin tan siquiera limpiarnos, y nos quedamos dormidos.

Cuando el sonido de mi móvil me despertó eran casi las doce del mediodía y seguíamos allí dormidos. Recordé a los vecinos, me imaginaba la cara que pondrían si nos viesan a los dos desnudos rodeados de botellas vacías, pulseras y collares de pinchos.

Contesté al móvil, era la colombiana.

—¡Ey! ¿Dónde estás?

—En casa durmiendo.

—¿Saliste ayer?

—Sí, un rato.

—Yo acabo de llegar de un concierto, estoy de empalmada.

—Lo sé, me lo dijeron tus amigas.

—Estoy en el rastro, ¡vente!

—Es que...

—¡Venga por favor! Estoy sola.

—Está bien... Voy para allá.

María también se había despertado.

—¿Qué pasa? —me dijo.

—Era Sara, para que fuese al rastro.

—¿No le habrás contado nada?

—Claro que no.

Nos vestimos, bajamos, nos besamos en el portal y cada uno se fue por su lado. Me encaminé hacia el rastro. La calle Ribera de Curtidores casi me mata, era una interminable cuesta arriba y la resaca y el sol la hacían más interminable todavía. Cuando al fin subí me dirigí a la plaza de Tirso de Molina y allí estaba sentada en el suelo con el culo de una litrona y con los ojos como platos.

—¿Qué pasa punkita? —le dije.

—¡Joder! ¡Por fin llegaste!

Se levantó de un salto y comenzó a besarme,

empujaba su lengua hacia mi garganta, la calmé un poco y nos sentamos.

—¿Tienes dinero? —me preguntó.

—No, ni tabaco, ¿y tú?

—Qué va, nada.

Ella se levantó, dio una vuelta y volvió con unos cigarros. Pidiendo una chica sacaba tabaco antes que un tío. Fumamos los cigarros y apuramos su cerveza. El calor era insoportable.

—Mataría por una cerveza —dijo ella.

—Y yo tía, y una raya, me siento cansado...

—Voy a sacar algo de dinero por ahí.

—Espera —le dije.

Por esa época yo siempre llevaba escondido un tripi en la batería del móvil, sabía que no era una buena idea pero aun así lo solté.

—¡Mira! —le dije mientras abría el móvil.

—¡Joder! ¿Cómo no lo has dicho antes?

Ella no tenía problema, no trabajaba ni hacía nada, sólo vivía para disfrutar. Partí en dos el tripi.

—Oye ¿comemos antes un cuarto? —pregunté.

—¡No jodas! ¡Qué pérdida de tiempo! —contestó ella.

Nos lo metimos a la vez en la boca y comenzamos a chuparlo, ella me miraba sonriendo, yo sabía que era una mierda, un domingo al mediodía con ese calor, en el rastro lleno de gente y después de ese terrible fin de semana... Pero aun así lo comí, a mí

tampoco me importaba nada. La vida era una puta mierda, es lo único que aprendí en el colegio cuando me obligaban a ir. Nos sentamos a esperar a que subiese el tripi. Odiaba esperar y eso que era lo que más hacía en mi vida: esperar, esperar para entrar a trabajar, esperar en el trabajo a la hora del almuerzo, luego esperar para salir. Esperar a que se enfríen los litros, esperar a que abran la tienda, esperar a que se desnuden, esperar a que suba el tripi, esperar a que baje, esperar a que se corran... Tanta espera era desesperante. Pero esta vez no esperé demasiado, llevaba dos días sin comer y eso facilitó al cuerpo la absorción del ácido lisérgico. Empecé a confundir planos, los colores se hicieron mucho más vivos y brillantes, y empecé a notar gran sequedad en mi boca.

—Esto ya me está subiendo —le dije.

—A mí también..., y bastante.

—¿Vamos a dar una vuelta?

—¡Sí! ¡Sí! —contestó con una carcajada.

Empezábamos a andar, todo se movía y parecía derretirse, la gente me parecía la cosa más graciosa y ridícula que había visto en mi vida. Íbamos agarrados de la mano entre un mar de gente sin parar de reír a carcajadas.

De repente todo parecía fantástico. Miraba a Sara y me parecía la mujer más guapa del mundo, la mejor vestida con sus viejas botas militares, sus mayas de

leopardo y su camiseta de Eskorbuto hecha trizas.

La besaba y la besaba, nos abrazábamos y reíamos.

—¡Te quiero! —le dije.

—Yo también —contestó.

Y comenzamos a reír hasta que salían lágrimas de nuestros ojos.

Seguimos andando y mirando puestos de ropa, películas, discos y chatarra.

Todo lo que veía me parecía increíble y pensaba para mí: otro día vengo con dinero y me lo compro. Me daba la sensación de estar en uno de esos enormes mercados del lejano oriente que había visto en las películas.

Un rato después encontramos a un grupo de punkis, nos saludamos y nos sentamos un poco con ellos. Yo conocía a algunos pero no recordaba sus nombres. Nos pasaron sus cervezas heladas, eso estuvo bien, tenía la boca como un cenicero.

—¡Joder! La que lleváis —dijo uno de ellos.

—Ya ves, nos hemos comido un tripi —dijo riendo la colombiana.

Estuvimos un rato con ellos, el rastro casi había desaparecido por completo, la gente se iba a sus casas. Iba atardeciendo y nosotros seguíamos colocados, muy colocados.

—¿Bajamos al parque a ver si están éstas? —dijo la colombiana.

—Vamos —contesté.

Sé que no era buena idea, de repente me vino a la cabeza lo de la amiga. Aun así bajamos, no pasaría nada si nadie hablaba. Llegamos hasta allí en una nube lisérgica, estaba ya anocheciendo y allí no había nadie, sentí cierto alivio... Nos sentamos y nos pusimos a fumar unos cigarros que habíamos pedido por el camino. Nos empezamos a besar y a tocarnos, y fuimos hasta un seto para no ser vistos. El ácido parecía potenciar nuestras ganas, la tumbé y le bajé las mayas hasta debajo del culo sin tan siquiera quitarle las botas, me bajé los pantalones hasta las rodillas, le subí las piernas hasta la cabeza y comenzamos a follar. Ella gemía a gran volumen y yo trataba de taparle la boca, pero me mordía. Después de un rato se la saqué, ella se subió las mayas rápidamente, se puso de rodillas y empezó a chupármela. Cuando al fin alcancé el orgasmo parecía multiplicado por diez, empecé a correrme como nunca antes lo había hecho, parecía una fuente, no paraba de manar. La colombiana se apartó, aun así salpiqué su cresta, su cara y su camiseta de Eskorbuto, ella puso cara de no haber visto nada así en su vida.

—Debe ser por el tripi —dijo.

—Joder, claro, nunca había eyaculado así —contesté.

Después nos tumbamos en el césped, yo estaba cansado y seguía colocado.

—Me voy a ir a casa, mañana trabajo —le dije.

—Sí, vámonos, hace días que no aparezco por casa y mi madre se estará preguntando dónde estoy.

La acompañé hasta el bus y me fui a casa. Mis abuelos ya no estaban, se habían ido al pueblo a pasar el verano. Me desnudé y me metí en la cama, esa noche soñé todo tipo de cosas raras sobre gente con dos caras en una sola cabeza.

3

Sonó el despertador y desperté de un salto. Fui hacia el baño haciendo esos, me metí en la ducha para despejarme, me vestí y bajé a la calle.

Al entrar en el metro vi cómo una señora tropezaba y me empecé a reír, la gente me miraba... Era obvio que algunos restos de ácido no se habían desvanecido de mi cerebro. Llegué al trabajo y escuché la típica frase:

—Vaya cara que traes... ¡Qué! ¿Mucha fiesta?

—Ya sabes, los fines de semana... —le contesté.

Me puse a descargar cajas del pedido del montacargas, para beber lo que bebía, drogarme y apenas comer, me encontraba en bastante buena forma.

A media mañana recibí un mensaje de Asia:

¿Qtal el find mi niño?

Hoy no podemos quedar, teng examen

Ns vmos mañan

Tk punkito

Se me revolvió el estómago y me dio una arcada,

miles de cosas se me pasaban por la cabeza. Traté de pasar de toda esa mierda y escribí un mensaje a la colombiana.

¡Ey Sara! Estoy libre
¿Quedamos esta tarde?

Guardé el móvil y seguí trabajando. Al cabo de diez minutos recibí otro mensaje de Asia:

Ers un hijo de puta
¿kien es Sara?
¿con esa zorra es con la q
vas cuando stoy estudiando?

¡Mierda! La miopía cerebral que me había causado el tripi del día anterior había hecho que mandase el mensaje de Sara al teléfono de Asia... Era una gran cagada. Fui al baño e intenté llamar a Asia pero me colgaba continuamente. A la salida del trabajo al fin me lo cogió.

—¿Qué coño quieres? —me dijo.

—Te estás equivocando tía, Sara es una punki del parque, sólo una amiga.

—¿Y quedas siempre con ella?

—A veces, ¿qué quieres? Tú siempre estás ocupada. ¿Podré hacer vida social, no?

—Salgo a las diez del examen y quedamos para hablar... —sentenció.

—¡Joder! —pensé, odio eso de hablar.

La verdad, no sé por qué trataba de arreglarlo, esa tía no tenía nada que ver conmigo, quizá la viera como una salvación. Estudiaba una carrera, apenas

bebía, no se drogaba, en cambio la colombiana y yo juntos... Nos esperaba un futuro como el de Sid y Nancy... Aunque realmente no sé si eso me importaba. Bajé al parque y allí estaba la colombiana con su litro de cerveza, se acercó apresuradamente hacia mí al verme llegar y empezó a besarme.

—Ayer me lo pasé muy bien —me dijo.

Notaba algo diferente en ella, en cómo me miraba y me abrazaba. Parecía que de repente le gustaba más o en serio... Era lo que me faltaba...

Estuvimos bebiendo cerveza y fumando hachís. Esa tarde bebí más, lo necesitaba para aguantar toda la mierda que se me venía encima.

A las nueve y media me levanté.

—Me voy.

—¿Adónde?

—Tengo cosas que hacer.

—Te acompaño.

—No tía, son cosas mías.

—Pero qué cojones... ¿qué cosas?

—¡No seas pesada! —dije mientras me iba.

—¡Gilipollas! ¡Mañana te veo! —dijo ella.

Todo esto empezaba a ser muy raro y me había metido yo solo. Como no iba a saber salir sin conflictos, traté de estabilizarlo... con más mentiras, la verdad es aburrida. Llegué adonde había quedado con Asia.

—¿Vienes de estar con ella?

—Sí.

—Pero, ¿cómo puedes...?

—Hay más gente, sólo somos amigos, apuesto a que si fuese un tío no te importaría.

—¿Seguro que no hay nada?

—¡Claro Asia!

Me abrazó y me besó. Ese abrazo y ese beso no eran tan apasionados como mi cinismo, no sabía si me sentía mal o no sentía nada.

—Temía perderte —me dijo.

La abracé.

—Apesta a cerveza.

—Eso es lo único que hago con las punkis, beber y fumar.

Me abrazó de nuevo, ahora no parecía importarle que fuese un despojo borracho.

4

Unos días después llegaba tarde al trabajo. Era muy temprano pero ya hacía calor. Al lado de un portal vi algo que se me quedó grabado. Había una vieja bolsa de deporte tirada con ropa de mujer desperdigada por el suelo. También junto a la bolsa brillaban en el sucio asfalto unas gotas de sangre y pequeños charcos. Un poco más allá un libro de Paulo Coelho con varias hojas arrancadas, algunas mecidas por la suave brisa. Lo cogí, estaba en portugués. Miré entre la ropa y encontré una especie de carné o permiso de residencia. Quise hacer algo con todo aquello, parecía pertenecer a una chica brasileña pero lo dejé todo como estaba y me metí en el metro, no quería llegar tarde al trabajo otra vez.

Pasé todo el día pensando en ello, hice mil conjeturas sobre todo lo que le podría haber pasado a esa chica. Al volver del trabajo pasé por allí y la bolsa ya no estaba. Sólo quedaban restos de la sangre seca. Me sentí mal y volví a casa.

Últimamente iba al trabajo en chándal, la razón era que así podía robar cosas para Asia. Cogía unos pantalones, me los llevaba al baño y me los ponía debajo del chándal. También ocultaba en mi entrepierna tops, camisetas, cada día cosas diferentes. Le estaba haciendo un gran fondo de armario. Supongo que era la forma que tenía de lavar mi conciencia por mis sucias mentiras.

Después de un tiempo empezaba a no poder con la situación. Parecía que las dos me querían, quizá demasiado, yo no sabía decidirme y algo me decía que no debía seguir así. En vez de tomar una meditada decisión, hice lo que mejor sabía hacer: nada. Seguí bebiendo y viviendo igual, estaba tan harto que empecé a ser descuidado, no ponía excusas ni a una ni a otra. En el fondo creo que quería que aquello reventase.

Un día estaba con las punkis en el parque y me llamó un amigo, un actor que había salido en alguna película de estreno nacional. Era vecino mío y siempre quedábamos para beber, fumar y hablar de cine.

—¡Ey, Raúl!

—¿Qué pasa Rubén?

—¿Dónde estás? Hace mucho que no te veo, ¿sigues en el barrio?

—Claro.

—¿Quieres quedar para tomar unas cervezas?

—Claro, ¿dónde quedamos?

—Estoy en el bar de la esquina de mi calle.

—Vale, estoy allí en veinte minutos.

Colgué el teléfono, di una calada al porro, se lo pasé a una de las chicas y me levanté.

—Me voy —dije.

—¿A dónde? —preguntó la colombiana.

—He quedado con un amigo que hace tiempo que no veo.

—¡Voy contigo!

—Vale —contesté.

Sé que no era prudente a esas horas de la tarde subir a la colombiana a mi barrio, el barrio de Asia, nuestro barrio.

—¡Me la suda! —pensé.

Subí con la punki hasta la terraza del bar, allí estaba Rubén. Los presenté y nos sentamos a beber. Rubén no paraba de hacer porros. Al principio se sorprendió al ver que la punki y yo nos besábamos, ya que él conocía a Asia, pero luego fue muy bien. No parábamos de reír.

—Entonces, ¿no te suena su cara de ninguna película? —pregunté a la punki.

—Ja, ja, ja, no. ¿En serio haces películas?

—Ja, ja, ja. ¡Claro!

—Dime una...

—Cuando traigas otra ronda —dijo Rubén

riéndose.

—Ja, ja, ja, vale tío —contestó la punki.

Se metió en el bar y Rubén y yo seguimos allí riendo. De repente alguien tocó mi hombro.

—Hola mi niño —dijo una voz suave.

Era Asia. Me giré y la vi, iba demasiado borracho para ponerme nervioso.

—Hola Asia —dije desde mi silla.

Ella se inclinó y empezó a besarme en la boca en el mismo momento que la punki salía del bar con tres tercios de cerveza. Uno cayó al suelo. ¡Crac! Sonó el cristal contra el suelo. Asia y yo separamos nuestros labios, la punki cogió una de las cervezas por el cuello y se dirigió hacia Asia, alzó la botella...

—Se la va a estampar en la cabeza —pensé.

Pero en unas décimas de segundo se retractó y la lanzó también contra el suelo rompiéndola en mil pedazos. Asia reculó de un salto.

—Bueno, luego hablamos —dijo Asia fugazmente.

Se fue, pero su bonito andar meneando el culo era bastante más apresurado de lo normal. La escena le había acojonado, a Sara enfurecido, a Rubén sorprendido y yo aún estaba tratando de asimilarlo.

—¿Con esa puta pija es con la que andas? —dijo la colombiana.

—Bueno... a veces sí.

Notaba que Rubén se sentía incómodo por todo aquello y trató de romper la tensión.

—¡Ey!, ¿vamos a tomar la última a mi casa?...
Tengo algo de coca.

—Sí, vamos, vamos —dijo la colombiana.

En el camino me llegó un mensaje, era de Asia:

Así que esa cerda es tu punki,
Eres un hijo de puta, me has jodido cabrón.

Yo estaba muy borracho y le contesté:

Ella dice que eres muy guapa
Que si quieres hacemos un trío

Entonces la colombiana vio cómo usaba el móvil.

—¿A quién escribes? ¿A tu pijita? —preguntó la colombiana.

—Sí, pero ya paso de ella —contesté con cierto desaire.

Apagué el móvil y empecé a subir las escaleras de casa de Rubén.

Llegamos y nos sentamos en el sofá, hizo unas rayas y sacó cervezas. Seguimos bebiendo y olvidé el incidente. La colombiana tampoco lo sacó más.

Ya eran las dos de la madrugada cuando Rubén dijo:

—Me voy a la cama que mañana curro.

—Sí, nosotros también nos vamos —dije levantándome.

—No hace falta, quedaros si queréis.

—Hasta acabar este litro —dijo la punki.

—Quedaos lo que queráis —sentenció Rubén yéndose por el pasillo.

Ella sonrió y empezó a besarme, no me sentía mal,

ella era como yo, con ese desprecio a lo establecido y ese sincero apego a la autodestrucción. Me quitó la camiseta, ella se quitó la suya y el sujetador, sacó su móvil y lo apuntó hacia mí.

—¿Vas a hacerme una foto ahora? —pregunté.

—No, es un video —contestó mientras en su cara se dibujaba una sonrisa malévola.

Colocó el móvil en la mesa y grabó cómo jodíamos.

5

Al cabo de unos días empecé a sentirme mal por lo que había hecho. Los primeros mensajes de insultos de Asia ahora se habían transformado en desconsolados y patéticos mensajes de desamor adolescente. Sentí que ella no merecía eso. Aparte de esa sensación, que siempre me acompañaba, de que había tomado la decisión contraria a la adecuada. Resultaba que la zorra guapa y tramposa que yo había imaginado no era tal, y el punki feo e inseguro era un auténtico hijo de puta.

Bajé a la bodega y pedí una cerveza.

—Oye tío, ¿no crees que te has pasado con Asia? — me preguntó un amigo común.

—Sí, creo que sí.

—Ayer estuvo aquí, estuvo llorando, ni siquiera puede estudiar para los exámenes finales, y está tomando antidepresivos.

—Ya... ¿Y qué puedo hacer?

—¿Ya no la quieres?

—No sé, sí, supongo.

—Deberías volver con ella...

—¿Crees que es tan fácil?

—Ella te quiere, te perdonará.

—Tengo que pensar...

Acabé mi cerveza, pedí un par de litros bien fríos y fui al parque a ver a la colombiana. Estaba allí con sus amigas y hoy estaba Raquel, la otra chica del trío. También estaba María intentando esquivar nuestro cruce de miradas.

Raquel, Sara y yo nos sentamos aparte y empezamos a beber nuestras litronas. Raquel se levantó.

—Voy a por tabaco, ¿queréis algo?

—Tráeme un paquete a mí —le dije dándole el dinero.

Raquel se fue y la colombiana empezó a mirarme.

—¿Has dejado definitivamente a la pija?

—Eso parece.

Me empezó a besar, parecía decirme que ahora era sólo suyo y decidió sincerarse conmigo.

—Mira tío, me gustas mucho.

—¿Ah sí?

—Sí. ¿Recuerdas el domingo del tripi? Pues la noche anterior, la que no estuve, me follé a otro tío en aquel concierto.

—¿Sí? Joder qué casualidad.

—¿Por qué?

—Esa misma noche salí con tus amigas y me follé a

María.

No sé por qué lo dije, quizá sólo por joder. Justo llegaba Raquel con el tabaco, la colombiana se levantó enfadada y habló con ella. No las escuché, después se acercaron adonde María, yo permanecí sentado.

—Oye María, ¿quieres una raya? —preguntó la colombiana.

—¡Vale!

—Déjame el DNI para hacerlas.

Se lo dejó y Raquel y ella vinieron y se sentaron junto a mí. Siguieron bebiendo y empezaron a quemarle el carné con sus mecheros. Cuando ya sólo quedaba un pequeño pedazo sin quemar la llamaron.

—¡María!

—¡Voy!

María llegó adonde estábamos sentados, parecía buscar las rayas, incluso llevaba ya un billete enrollado.

—¡Toma tu DNI! —le dijo la colombiana ofreciéndole el pequeño cacho quemado.

—¿Pero qué has hecho?

Rápidamente la colombiana y Raquel se levantaron y la agarraron del pelo.

—¡Eres una puta! —le dijeron mientras la tiraban al suelo de un empujón.

—¡Oye, esperad! —dije yo.

—¡Tú cállate! —replicó la colombiana mientras

ponía su bota en el cuello de María.

—¡Puta de mierda!

—¿Pero qué he hecho?

—¿Que qué has hecho, zorra? —dijo Raquel dándole una patada en el costado.

—Como vuelvas a acercarte a éste ¡te mato!

Ella se levantó y se marchó lloriqueando. Yo me quedé alucinado. No hice nada, fue todo muy rápido. Las amigas preguntaban qué había pasado, mientras la colombiana me besaba. Me aparté de ella.

—Sara, tía, estás loca.

—Que se joda esa puta.

Raquel reía alegremente.

Pensé en largarme de allí. Di un gran trago a la cerveza y dije:

—Bueno yo me marcho.

—¿Que te marchas? ¿Adónde? —preguntó la colombiana.

—¡Por ahí!

—¡Eres un gilipollas! ¡pirobo! ¿Es porque he pegado a tu novia? Ja, ja, ja. ¿Te habías enamorado?

—¡Que te den, zorra!

Comencé a alejarme y ella se acercó a mí. Su tono de voz cambió, era amable, completamente distinto al anterior.

—Tío, no te vayas, perdóname, se me ha ido la olla.

—No te preocupes, pero tengo que irme.

—¿Me llamarás mañana?

—Eh... Sí, claro.

Me largué del parque, pero estaba demasiado sobrio y era demasiado pronto para irme a casa. No me gustaba estar solo cuando estaba sobrio. Apenas iba a casa a dormir y a veces a comer. Solo y sobrio pensaba demasiado y no me gustaba. Me dirigí a casa de mi amigo Juancar. Abrió y los perros se lanzaron sobre mí.

—¿Qué pasa tío? —dijo sonriendo.

Vengo a hacerte un visita.

—De puta madre.

A él le encantaba que fuese, creo que él también se sentía muy solo, como todos a veces. No existía eso de El lobo estepario, Hermann Hesse o Harry Haller sólo decían mierda. Sacó unas cervezas y algo de hierba y empezamos a hablar. Siempre estuve convencido de que sólo cultivaba hierba para recibir visitas de amigos, por eso no vendía. La relación comercial sería mucho más fría, sus amigos de siempre estaban muertos o condenados a la vida familiar y él debía sentirse muy solo. Nos sentábamos en el sofá y hablábamos estupideces, del trabajo, de películas o música, ninguno decíamos lo que realmente nos rondaba la cabeza. Yo no le contaba que probablemente había cometido la mayor equivocación de mi vida con Asia, o que me escondía detrás de una botella. Ni él que se encontraba

jodidamente solo sin más compañía que sus putos perros, que hacía meses o años que no practicaba el sexo y desde luego, que no conocía el amor. Aunque para mí el amor tan sólo era el instinto de reproducción unido al miedo de quedarse solo. Estaba por fin sonriendo, ciego de hierba cuando Juancar me dijo:

—¿Quieres speed?

—No tengo ganas de ir a pillar, además mañana trabajo y luego voy zombi.

—No, tranquilo, tengo yo aquí.

Eso sí era una sorpresa, no acostumbraba Juancar a meterse ese tipo de droga. Trajo el speed y se hizo dos enormes rayas, olía bien. Se notaba que no consumía normalmente, apenas machacó el speed y al menos utilizó un gramo para las dos rayas.

—¿De dónde lo has sacado? —pregunté.

—Me lo regaló un amigo...

Es obvio que mentía, quedaba más de la mitad y no conocía gente que regalase droga por ahí, probablemente lo cambió por hierba... Qué más da, yo no le iba a preguntar, me incliné y me metí mi raya. Era un buen speed, me animé, y me metí otra gran raya. Juancar estaba también animado.

—Lo malo es que no me quedan casi cervezas —me dijo.

—Tranquilo —contesté.

Estaba claro que definitivamente me había

animado, porque llamé a la colombiana.

—¡Punkita!

—Dime.

—¿Te acuerdas de mi amigo Juancar? ¡El de la hierba!

—¡Ah sí!

—Estoy en su casa, ¡vente y trae cerveza!

—¿Ahora?

—¡Tenemos un speed cojonudo!

—¡Enseguida voy! ¿Qué piso era?

—Octavo derecha.

—¡Vale!

En veinte minutos llegó con litronas, pero sola, yo pensaba que vendría Raquel, no quería que Juancar se sintiese desplazado.

—He tenido que pedir dinero a las colegas para los litros.

—Tranquila, ahora te lo doy.

Le habían dejado dinero sus amigas, las mismas amigas de la chica a la que habían pateado sólo hacía un par de horas. Empezó a besarme con la ya cansina fogosidad que acostumbraba, luego se separó y se metió una gran raya que le puso Juancar. Con Juancar todo era a lo grande. Seguimos así un rato, y la anfetamina empezó a causar sus efectos: todo te parece bien, no paras de hablar, te llenas de buenas intenciones, quieres hablar con un montón de gente o viejos amigos que hace mucho que no ves...

Juancar y la punki hablaban a voces sobre los Exploited, y yo lleno de amor comencé a mandarle mensajes a Asia, diciéndole que lo sentía, que yo la quería, que lo de la punki fue un error, que me perdonara...

Al final quedamos al día siguiente para hablar... A ella le encantaba hablar. Estuvimos en casa de Juancar hasta el amanecer. Acompañé a Sara hasta su parada. Después pasé por casa, me duché, me cambié y fui a trabajar.

Trabajar puesto de anfetás era llevadero, mejor incluso que días que habías dormido ocho horas. Tenías energía, lo hacías todo incluso más rápido, aunque a veces también podía hacerse insoportablemente largo. El tiempo no iba a tu velocidad y los minutos se podían hacer horas como un cruel y pausado via crucis temporal. Ese día por suerte fue bien. Salí de trabajar y comí algo al llegar a casa. Quería dormir un poco pero aún me lo impedía el speed, aunque ya me sentía cansado. Tenía miedo de hablar con Asia, no sabía qué decirle. Pensé que no fue una buena idea quedar con ella. El miedo reside en la parte más primitiva del cerebro y te da tres opciones: esconderte, huir o atacar. Yo era más de huir, siempre fui así. No es que me fuese a ir a ningún sitio de un modo literal, huí a mi manera: bajé al bar y comencé a beber. Para cuando llegó Asia estaba bastante borracho.

—Ya estás borracho.

—Sí, lo siento, es que no me atrevía a hablar contigo sobrio...

—¿Y bien?

—Ya te lo dije ayer en los mensajes, lo siento, sabes que no soy bueno para estas cosas.

—Joder, ¿crees que te mereces otra oportunidad?

—No sé, eso decídelo tú.

—Primero: Se acabó ver a esa zorra.

—Sí, sí, de acuerdo.

—Y segundo: debes cortar con esa mierda.

—¿Qué mierda?

—Toda esa droga que te metes.

—Está bien.

—Y corta también el alcohol.

—¿Qué?

—No me importa si bebes los fines de semana, pero no a diario.

—Lo intentaré...

—Si cumples, te daré otra oportunidad.

Se levantó y se fue, la vi alejarse entre el trajín de la gente. ¿Por qué le dije que haría todo eso? Creo que en el fondo yo también quería dejar toda esa mierda... ¿Pero qué pasaría con mi ansiedad? ¿Con mi angustia existencial? ¿La tenía porque tomaba drogas? ¿O me drogaba para huir de ella? Pensé en olvidarme de Asia y de la punki y huir, esta vez literalmente, dejar ese puto trabajo y esa oscura casa

y largarme a otro lugar donde no me conociese nadie y empezar de cero. Pero sabía que el problema no era el lugar, ni la gente, ni el trabajo, ni siquiera las drogas y el alcohol. El problema lo tenía yo y no podía huir de mí mismo, por muy lejos que me fuese.

¿Te está gustando este libro?

Puedes encontrar este y muchos otros [aquí](#).

